

Víctima de soledad

Alejandra Lage²

Aterrado y encerrado en un abismo recuerdo a Fernando Huma, un hombre con promesas infames y esperanzas pesimistas. Había un cine frente a su casa. Siempre llegaba a la misma hora en que me encontraba en la cafetería descansando. Llegaba caminando incómodo, casi engullido por la nada y el frío. Ya adentro, en el jardín del condominio, viendo flor por flor, planta por planta, ceñía el polen en su rostro con gestos dulces. Parecía que le agradaban mucho las plantas. Yo lo veía detrás de la vitrina de la cafetería. Un día decidí acercarme al condominio y pregunté al portero por el hombre misterioso.

—Ah, Fernando Huma. Es profesor de la central. También he escuchado que es poeta.

99

¡Poeta, dice! Me adentré a su piso para cerciorarme. Me gusta la literatura, en especial esa que podría ser del hombre misterioso. Me hice pasar por un vecino, preguntándole si tenía tomates que me prestara. Lo veía atentamente a los ojos, queriendo extraerle la poesía de su alma. Mostró un par de tomates en podredumbre que no temió en entregarme. Seguramente habrá sido un mensaje referente a su conexión o condición humana. Bueno, después toqué su puerta y le pregunté por su profesión. Sí, que yo también leo, pero escribo poco. Sí, sí desearía ir al parque.

Meciéndome en el columpio veía los horizontes

2 Guayaquil, 1998. Cursa el tercer semestre de la carrera de Literatura en la Universidad de las Artes. Por tener una vida despojada de experiencia académica es titular de la fiebre de existir.

pavimentados de la ciudad. Mis manos estaban sucias por el óxido del columpio. Encajaba en este columpio porque lastimaba mis manos, mi ser físico. Él sentía lo mismo que en mi ser interior. Una luz de ensueño rodeó el lugar. Se acercó la noche y las lámparas nos llenaron de luz amarilla. Sus monólogos me dejaban a merced de su aura taciturna. Me habló de cuánta nostalgia le traían los parques, ver a los niños con sonrisas mecerse en los columpios, pero, sobre todo, le gustaba recostarse en las frías bancas viendo el cielo, el hermoso cielo que se ve desde esta ciudad.

Llegué otra noche a su puerta brindándole una lasaña que había preparado. Agradeció y preguntó con ojos devorados si quería charlar en la banca del parque. Sonreí por esos ojos devorados. Era un muchacho sonriente frente un viejo desdichado.

—Sé que no vives en el condominio.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy un viejo observador. Como todo viejo, digo.

Como no tenía un buen tema para hablar, pero quería escuchar su ronca voz, comencé con temas al azar. Hablamos de cómo nuestra sociedad se estaba cayendo a pedazos, y del por qué no había ningún héroe que la pegase. Encendió otro cigarrillo.

—Me gustaría tener una próxima vida y no estar atado a la estela intelectual ni a la fortaleza poética.

—¿Y no es que todos estamos atados a esta vida?

—Miradme bien, soy un enfermo que agoniza. Un enfermo silencioso, un enfermo con bellas palabras. Un poeta es un ser inmortal, un ser que se crea a través de la palabra. Soy inmortal por convivir con palabras y sentimientos inmortales, y créeme que no hay peor cosa que ser inmortal.

—Por eso, si llego a publicar algo será en anonimato. Nadie sabrá que un chico que no sabe qué hacer con su vida produce los poemas más tristes... de esta noche. Como Neruda.

Qué tonto, pensé. Cómo le voy a mencionar a Neruda a un ser que consume Rimbaud.

—Yo quisiera nacer en algún país de primer mundo, este jodido país jode mi destino.

Seguramente con lo bueno que he sido en este tiempo, Dios me concederá mi deseo. Es un buen deseo de un buen chico. ¿Dónde quisieras nacer tú?

—Quiero ser un envase sin fondo o un anillo.

—¿Por qué?

—Para afirmar el ropaje, ora demasiado grande, ora estrecho que dios nos da. Cuánta dicha para tanta esclavitud. Desde esa noche, bastaba con recordar nuestra conversación para sentirme agridulce. Estaba haciendo un castillo de ideales. Lo imaginaba recitando sus poemas, borracho en las caminatas a las horas de la madrugada, en las librerías viendo alguna muchacha dulce leyendo. Y me entraban celos de pensarlo con alguna muchacha. Quería su conocimiento solo para mí. Iba al parque y esperaba, a veces en el columpio, otras veces detrás de los arbustos, la llegada. Su llegada. Fernando tenía caminar lento, caminaba como si tuviese la culpa de la humanidad en la joroba. Cuando llegaba con un libro no lo molestaba, pero al llegar él con su soledad, yo impedía que ella se acercase a él.

Un viernes por la noche, manteniendo distancia y leyendo detrás de los arbustos, llegó como de costumbre fumando su cigarrillo. Se lo veía cansado. Ha de estar cansado de vagar eternamente, pensé sin imaginar el peso de mis pensamientos. Vi una expresión nueva en él, como si

pidiese o rogase algo. Miraba al cielo.

—Alíviame de esta soledad— gritó. Dios asomó de entre la neblina y le dio una hermosa flor negra.

Devoré la fragilidad de la flor en el instante. Y aunque haya estado alegre unas noches, la flor se marchitó y al poco tiempo murió. Otra noche, con la neblina cubriendo las faldas de la montaña y la ciudad, Fernando le pidió de nuevo a Dios un alivio a su soledad y este le dio una piedra. Su belleza no cautivaba tanto como la flor, pero vi una sonrisa en él que transmitió a mi rostro. Con el paso del agua, viento y fuego, su piedra se volvió suave como una piedra de río, cada vez más hermosa y con color negro, hasta que pasó a ser arena y finalmente desapareció entre el polvo. Un tiempo, Huma ya no iba al parque. Desde que apareció Dios no le dirigí la palabra, ni fui a visitarlo. Comencé a ser contrario a sus ideales en mi cabeza. Ya no lo veía como el héroe que carga dolor en sus hombros y se esconde en las sombras por honor de su humanidad. Fue, más bien, un ser que se escondía en su interior porque no pudo sanar su herida, porque el mundo le escupía y pateaba y no quería levantarse. Un ser que murió demasiado pronto. Pero a pesar de eso, me contradecía yendo a observarlo desde detrás de los arbustos.

Yo que sufrí la angustia de las pequeñas cosas ridículas: llegó una noche declamando versos de Pessoa. Para esta vez, su integridad no pudo más. Juntó sus manos y le pidió a Dios que aliviase su soledad. Su solución fue sencilla. Bajó Dios entre los cielos, estuvo ante Él, separó sus manos para que ya no rezara y le hizo mortal. La espera tras los arbustos terminó. Huma no sonreía, y lucía intranquilo. Se quedó sentado en

la banca mientras la luz amarilla bajaba sobre su piel. Miró a los astros y preguntó:

—Y a Él, ¿quién le quitará la inmortalidad?

El castillo creció y se hizo laberinto.